

La pandemia, como *una oportunidad*



Este período está siendo también una gran lección de humanidad en una cultura que se ha deshumanizado por su talante materialista e individualista, líquida y frívola: si hay algo que ahora ha quedado claro es el hecho de que nos necesitamos mutuamente los unos de los otros.

El coronavirus es una luz amarilla. ¿Sabremos aprovecharla? ¿Cambiaremos nuestro estilo de vida? ¿Seremos capaces de pensar de otra manera?

TONY MIFSUD S.J. | Teólogo

El coronavirus es, de por sí, muy débil porque basta con lavarse las manos con jabón para eliminarlo. Sin embargo, su capacidad de propagarse es impresionante y tiene al mundo entero paralizado y de rodillas. Asimismo, la fragilidad humana es aún más débil que la del virus y desde Wuhan el coronavirus se ha propagado por todos los rincones del mundo.

En América Latina, generalmente, el coronavirus ha entrado mediante aquellas personas que volvían de Europa, siendo sus primeros portadores personas acomodadas que volvían de sus vacaciones de verano. Luego se propagó rápidamente, revelando, a la vez, la presencia de una desigualdad social oculta. Se han observado enormes filas de personas de la tercera edad para cobrar sus pensiones, el estado lastimoso de las residencias de ancianos, la necesidad de ir al trabajo para no quedar sin dinero para los gastos del mes a pesar de la cuarentena, grupos familiares que viven en hacinamiento, racismo contra haitianos: en fin, situaciones sociales que chocan con la actitud frívola y ofensiva de algunos otros que viven su vida normal sin importarle lo que está pasando a los otros. El viaje en helicóptero de un hombre que sale de Santiago y viaja al sur del país para comprar marisco dejó a todos con la boca abierta y el corazón doliente. ¡¡Tanta irresponsabilidad llega a ser ofensiva!!

Pero la pandemia también está siendo una gran lección de humanidad en una

cultura que se ha deshumanizado por su talante materialista, individualista, líquida y frívola. Si hay algo que ha quedado claro es el hecho de que nos necesitamos mutuamente los unos de los otros. Esta epidemia que nos azota no la vamos a superar si no somos capaces de pensar en el otro. No existe una solución individualista frente al coronavirus; así que, o nos salvamos remando juntos o nos hundimos todos, y cada uno por su lado.

CUIDAR AL OTRO ES CUIDARSE

La experiencia cotidiana de la presencia de la pandemia deja en evidencia que cuidarse es cuidar al otro, y cuidar al otro es cuidarse. No basta que uno sea responsable, pues también el otro tiene que ser responsable. Sin esta experiencia de mutuo apoyo, el contagio seguirá propagándose. Uno depende del sentido de responsabilidad del otro y el otro pende del sentido de responsabilidad de uno.

La propia autonomía, un valor tan apreciado por la sociedad actual, pasa por la dependencia del otro. Es que el otro forma parte de la propia vida, marca profundamente la propia identidad, y revela que el individuo es un ser relacional.

Pero, entonces, uno se pregunta si lo humano tiene algún defecto genético que lo arroja a la experiencia de radical dependencia. Pues, no existe ningún defecto, sino que el ser humano es un ser social, y esta dependencia forma parte de su autonomía. *Soy porque somos y somos porque soy.* Por tanto, el individualismo asocial que predomina en la sociedad ha dañado profundamente la convivencia, porque niega algo constitutivo y constituyente del ser humano. Al desconocer el otro, uno desconoce lo más auténtico de uno mismo.

Este individualismo establece lo material como su meta, en lo económico, al perder la referencia del otro. Las reglas del mercado sustituyen las relaciones humanas, reduciendo al otro a un objeto entre otros en los cálculos que se realizan.

El individualismo mata a la sociedad porque la autorreferencia impide la convivencia. El individualísimo niega la construcción de la sociedad porque lo

*

La propia autonomía, un valor tan apreciado por la sociedad actual, pasa por la dependencia del otro. Es que el otro forma parte de la propia vida, marca profundamente la propia identidad, y revela que el individuo es un ser relacional.

*

grupal depende de la relacionalidad entre los individuos. En este sentido, el coronavirus es una luz amarilla. ¿Sabremos aprovecharla? ¿Cambiamos nuestro estilo de vida? ¿Seremos capaces de pensar de otra manera? Se dice que la sociedad no será la misma durante y después de la pandemia. Ojalá. Pero este deseo no se cumplirá automáticamente, porque requiere una profunda conversión cultural.

En una sociedad narcisista se debilita el sentido del «nosotros», fundamental y fundante de cualquier convivencia. San Alberto Hurtado S.J. (1901-1952) hablaba del sentido social. «La necesidad imperante de una nueva mentalidad, que nace de la solidaridad (*ese vínculo íntimo que une los unos con los otros* para la obtención de los beneficios en la sociedad), y se expresa en un sentido social (esa actitud espontánea para reaccionar fraternalmente frente a los demás, que lo hace ponerse en su punto de vista ajeno como si fuese el propio; que no tolera el abuso frente al indefenso; que se indigna cuando la justicia es violada), que, a su vez, se traduce en una responsabilidad social (el no contentarse con no hacer el mal, sino que estar obligado a hacer el bien y a trabajar por un mundo mejor)»¹.

Concretamente, explica el Padre Hurtado, «El hombre con sentido social no espera que se presenten ocasiones extraordinarias para actuar. Todas las situaciones son importantes para él, pues repercuten en sus hermanos. Por eso cede espontáneamente el asiento en el tranvía; toma para sí el sitio más incómodo; no arroja los papeles en la calle; adivina el dolor que se oculta bajo los harapos y aún el que está todavía encubierto; simpatiza con el empleado condenado a sonreír perpetuamente y a quien incomoda lo menos posible; a pesar de su pobreza sabe encontrar medios para hacer la caridad... En cambio, quien no tiene sentido social actúa siguiendo la ley de su capricho buscando siempre el menor esfuerzo, aunque haya de molestar a los demás en los cuales no piensa. (...) Mientras los otros descansan él, habla en voz alta; si pasa por una puerta, la deja abierta; si suena el teléfono, lo deja sonar hasta que otro vaya a atenderlo. Sus conversaciones son siempre de sí mismo, sin interesarse en las cosas de los demás»².

La fe cristiana, desde su inicio, ha subrayado el carácter comunitario del ser humano. La creatura está hecha a imagen y semejanza de Dios. Ahora bien, la fe en un Dios Trinitario, un Dios comunidad, reconocido como el único Dios en Tres Personas (Padre, Hijo y Espíritu), significa que el ser humano está creado a imagen y semejanza de una comunidad. Por tanto, solo en comunidad puede realizarse y profesar su fe. Esto explica la importancia de la Iglesia, como una comunidad de personas que desean ser discípulos de Jesús el Cristo, que, mediante el bautismo, asumen la misión de vivir y proclamar la Buena Noticia anunciada por Jesús el Cristo.

Aún más, «cuanto hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron» (Mt 25, 40). El amor a Dios pasa por el amor al otro, y, en este sentido, para el cristiano el otro es el sacramento de Dios. Entonces, el preocuparse por el otro, especialmente por el vulnerable y débil, forma parte esencial de la fe cristiana. Más que nadie, el cristiano tiene que

*

Se dice que la sociedad no será la misma durante y después de la pandemia. Ojalá. Pero este deseo no se cumplirá automáticamente, porque requiere una profunda conversión cultural.

*

apoyar este cambio de cultura y, donde sea necesario, liderarlo con entusiasmo y con esperanza.

La cruel pandemia que nos tiene paralizados puede transformarse en una oportunidad si nos damos cuenta de que vivir es convivir, y, por tanto, preocuparse por el otro forma parte esencial de la propia vida. Los problemas que estamos enfrentando y los problemas que tendremos que enfrentar en el futuro próximo necesitan una sociedad solidaria para encontrar soluciones reales y viables.

En palabras de los obispos, reunidos en su 120ª Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal de Chile (abril, 2020): «Vemos con especial preocupación que muchas personas y familias perderán sus fuentes laborales y que ello implica angustia y falta de recursos para la subsistencia familiar. Este drama nos interpela a promover una solidaridad activa y a trabajar en un pacto social para aminorar el impacto de la cesantía y sus consecuencias. Este empeño requiere el esfuerzo de todos, sin excepción» (Nº 3). MSJ

¹ Patricio Miranda, *Moral Social: obra póstuma del Padre Alberto Hurtado, S.J.*, Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2004, p. 205.

² «Humanismo social», 1947, en *Padre Hurtado: Obras completas*, Tomo II, Santiago: Ediciones Dolmen, 2001, pp. 297-298.